

Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres *ficciones científicas*



Nota introductoria y traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción y la traducción, 2020

La expresión «ficción científica», que es la construcción natural en castellano para lo que se suele denominar mediante el calco del inglés «ciencia ficción», se compone de dos elementos, uno sustantivo, que es la «ficción», y otro adjetivo que lo califica, «científica». En la literatura, la «ficción» está constituida por cualquier texto escrito (los orales interesan a la llamada «oratura») que genere un mundo posible donde se produzcan eventos imaginarios, y es una construcción de carácter artístico que no se espera que sea objetivamente cierta. Los mundos ficticios literarios se crean a través del lenguaje, y a menudo a través de macrodispositivos retóricos preexistentes, esto es, géneros discursivos como la novela o el drama, que son sus vehículos principales en la ficción literaria actual. Sin embargo, la ficción se puede expresar a través de dispositivos no novelescos e incluso carentes de narración alguna. Hay obras ficticias escritas íntegramente con diversos discursos prescriptivos, desde códigos legales hasta instrucciones, y también otras muchas más en las que el discurso predominante y característico es el descriptivo, como es el caso de aquellos creados como paisajes fantásticos puros, de los que se han evacuado los sucesos y, por lo tanto, el tiempo y la consiguiente narratividad.

Otra manera de escribir ficción se relaciona con el adjetivo que la acompañaba arriba.

Aunque nuestro objeto, meramente literario, hace innecesario aquí dilucidar qué es la ciencia, o qué ciencias son verdaderamente «científicas», tanto las humanas (geografía, filología, etc.) como las formales (matemáticas, lingüística) y las naturales (biología, física, química, etc.) tienen en común el hecho de que su expresión textual obedece a unos parámetros determinados y crecientemente fijos al menos desde el siglo XIX, de manera que su discurso, esto es, su forma retórica, es fácilmente reconocible para cualquier lector que consuma este tipo de textos. Aunque la manera en que los hallazgos, teorías y hechos se presentan en libros y revistas dedicados a la ciencia no es completamente uniforme, un tipo de discurso puramente expositivo prevalece ahora en la mayoría de las ciencias formales y naturales, si bien el discurso argumentativo, además de contener un mayor grado de variedad retórica y ornamentación estilística, también puede ser importante en las humanas. Con todo, el texto científico se presenta normalmente en todas ellas como desprovisto de cualquier subjetividad, así como de cualquier autorreferencialidad literaria, al ser idealmente tan solo un vehículo lingüístico transparente al servicio de la exposición fidedigna de una pura realidad, externa y anterior. Nada más alejado, pues, de la ficción, que presenta una realidad que es, por defini-



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

ción, imaginaria y, por lo tanto, interna e inexistente fuera de la mente del autor y, luego, de sus lectores, hasta el momento en que toma forma por primera vez a través del lenguaje (u otros procedimientos no considerados aquí, como las imágenes). Pero la ficción suele *fingir* ser real y consignar un estado o unos sucesos de los que la obra no sería sino un reflejo fiel, como en el juego de los niños que convienen en creer en la realidad de los actos externos que fingen mediante su imitación. Es el «efecto de realidad» señalado por Roland Barthes y que, por razones históricas, solemos identificar en Occidente con la estética llamada «realista», sin tener en cuenta que se emplean desde hace milenios otros procedimientos de «fingimiento» ficcional quizá más eficaces. La adopción del discurso científico para generar ese efecto de realidad es uno de ellos.

La paradoja que entraña la utilización de ese discurso para crear entes ontológicamente opuestos a su objeto normal, que es la realidad empírica, ha sido una persistente fuente de malentendidos, porque el propio prestigio de la ciencia hace que creamos como realmente existente y no imaginado, todo aquello que se nos presenta mediante la escritura científica, a no ser que haya en el texto marcas claras de ficcionalidad de orden semántico o pragmático. Una marca pragmática es, por ejemplo, su publicación en un libro o periódico de carácter literario, lo que nos avisa metonímicamente de que el discurso científico del texto es voluntariamente fingido y que tan solo persigue jugar a convencernos de que no es ficción. Marcas semánticas son aquellas que nos indican que lo expuesto se opone a las leyes naturales, de manera que su existencia solo puede tener lugar en un universo ficticio, por ejemplo, cuando se nos ofrece una historia pretendidamente objetiva de sucesos futuros como si ya hubieran ocurrido, un procedimiento que a veces se utiliza en la literatura de anticipación.

Cuando estas marcas de ficcionalidad se disimulan en el texto discursivamente cientí-

fico, pueden darse situaciones de incompreensión del carácter ficcional de dicho texto. Un ejemplo célebre es la historia de la Atlántida que Platón expuso empleando el discurso creado por Heródoto para comunicar su saber geográfico e histórico (a veces, también mítico) del mundo real fruto de su «investigación», que es lo que significaba primitivamente «historia». Una vez consagrado e imitado su discurso historiográfico durante los siglos posteriores, la aparición del cientifismo positivista y la separación neta que impuso entre el discurso literario y el científico han hecho creer a no pocos discapacitados hermenéuticos que la fantasía narrada por Platón mediante el discurso historiográfico, como si fuera un pasado verosímil, tenía que ser la exposición de una historia realmente ocurrida, al menos en sus líneas generales, y por eso siguen buscando la Atlántida por todo el planeta. En cambio, a nadie en su sano juicio se le ha ocurrido nunca creer que las aventuras de Don Quijote tuvieron lugar realmente, simplemente porque Cervantes sí utilizó el discurso novelístico, aceptado siempre como ficcional, pese a que las aventuras de ese hidalgo-caballero en la Mancha son probablemente más verosímiles que las intrigas políticas de la Atlántida, que es un lugar de tipo épico-fantástico en el que incluso los dioses son personajes.

El modelo platónico no solo ha inspirado locuras científicas, sino también emulaciones propiamente literarias, a veces también de aspecto igualmente épico-fantástico. En ellas, el triple discurso empleado magistralmente por Platón, que combina en su relación de la Atlántida las tres clases de escritura correspondientes a las tres grandes ciencias humanas de la Antigüedad, cuyos mismos nombres indican el carácter central que tiene en ellas, precisamente, la escritura (*grafía*). Se trata concretamente de la geografía o exposición de lugares y de sus habitantes, incluidas sus costumbres; la historiografía o exposición de lo ocurrido en una sociedad humana en los



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

tiempos en que solo los seres humanos actúan (salvo ocasionales prodigios), y la mitografía o exposición del origen de las cosas (naturales y artificiales) en un pasado legendario protagonizado por dioses, héroes semidivinos y otros entes sobrenaturales. Los discursos de una o varias de estas ciencias o, si se prefiere, saberes de orden clásico o humanístico (las humanidades de la tradición intelectual de Occidente) han dado origen a nuevas obras de ficción escritas como si no lo fueran. Aunque hay ejemplos en la Edad Media (por ejemplo, la *Historia Regum Britanniae* [*Historia de los reyes de Britania*], de Godofredo de Monmouth) o Moderna (por ejemplo, el *Libro áureo de Marco Aurelio*, luego llamado *Reloj de príncipes*, de fray Antonio de Guevara, cronista oficial del rey Carlos I de la Monarquía Española), este tipo de ficciones se hizo más frecuente después de que se consolidaran su categoría científica y el discurso objetivo correspondiente en el mundo académico, sobre todo del siglo XIX en adelante. De manera análoga a cómo la filología positivista, que había denunciado el fraude de textos inventados o ampliamente manipulados que habían pretendido ser traducciones o ediciones de obras orales o escritas preexistentes, no impidió, sino que más bien impulsó a modo de desafío literario, la aparición de obras de ficción filológicamente tan perfectas como «Origines du journal: l'Île des Diurnales» [*Orígenes del diario: la Isla de los Diurnales*] (1903), de Loyson-Bridet (seudónimo de Marcel Schwob, 1867-1905), así también la geografía, la historiografía y la mitografía positivistas convivieron con sus equivalentes fictivos, aunque estos presentaran a menudo unas marcas de ficcionalidad indiscutibles que orientaban la lectura lejos de la posible impresión de fraude, llevándola hacia los terrenos más aceptables de lo lúdico y lo estético, como indican los tres ejemplos que se presentan a continuación. Todos ellos funden contenido ficticio y discurso científico, tratándose, por ello, de *ficciones científicas*.

Antes de que se constituyera en saber independiente, la etnografía o descripción de las costumbres de una comunidad determinada, normalmente exótica, formaba parte de la geografía, que era a la vez física y humana, por lo que los estudios geográficos abarcaban asimismo la descripción de las poblaciones que ocupaban un espacio determinado, con su economía, orden y costumbres, si bien estas solían describirse de manera más somera que en los textos etnográficos modernos, incluidos los ficcionales, como *Voyage en Grande Garabagne* [*Viaje a Gran Garabaña*] (1936), de Henri Michaux (1899-1984), que es muy avaro en información geográfica. La geografía humanística heredera de la Antigüedad (por ejemplo, de Estrabón) ofrecía una visión totalizante de una sociedad en su medio físico y en un momento dado. La ficcionalización de la geografía con fines literarios podía realizarse de varias maneras. Una consistía en presentar un paisaje humano imaginario y describirlo, como ocurre en *La città del sole* [*La ciudad del sol*] (principios del siglo XVII), de Tommaso Campanella (1568-1639), entre otras muchas utopías descriptivas. Otra era describir un espacio puramente alegórico, como el país del sentimiento amoroso de *Carte du royaume d'Amour* [*Mapa del reino de Amor*] (1659), texto atribuido a Tristan l'Hermite (1601-1655). Asimismo, se podía describir un espacio realmente existente como si fuera un territorio imaginario, de modo que se sometía el paisaje real y explorable a un distanciamiento cognitivo no muy disímil al propuesto por Darko Suvin como efecto esencial de la ciencia ficción respecto al mundo natural y social empírico. Por ejemplo, entre los papeles del archivo de la población surselvana de Sagogn (Grisones, Suiza) se han encontrado varias descripciones de partes de su término municipal como si fueran islas nuevamente descubiertas, con sus nombres inventados en lugar de los reales, que fueron escritas a principios del siglo XVII siguiendo el modelo de las relaciones de viajes



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

de descubrimientos. El mismo procedimiento seguiría, con un compromiso con la literatura mayor que en los lúdicos papeles de Sagogn, el médico transilvano Pavel Vasici-Ungureanu (1806-1881) en su artículo titulado «Geografía țintirimului» (1840).

Esta «geografía del cementerio», como reza su título, se inscribe en la amplia literatura sepulcral que tan de moda se había puesto en el Prerromanticismo europeo, desde Edward Young (1683-1765) hasta Vasile Bob-Fabian (1795-1836), cuya poesía en verso «Geografía țintirimului» se publicó en 1839 en la misma revista que la prosa correspondiente de Vasici-Ungureanu¹. Esta no es únicamente una prosificación de aquella, aunque sigue sus líneas generales. Coinciden en ser la descripción del cementerio como un territorio al que llegan continuamente colonos que, una vez instalados, quedan en sus moradas tan mudos e indiferentes a lo que pase a su alrededor como los demás habitantes del país descrito. Pero Vasici-Ungureanu se distingue por haber eliminado cualquier vestigio de primera persona lírica, que interfería en el discurso geográfico del poema original, y por su mayor detallismo y mejor estructuración de su lúgubre materia, a lo que se suma su mayor pericia estilística. Su prosa se caracteriza por su objetividad científica, lo que contribuye a eliminar el riesgo de sentimentalismo en el que cae la inmensa mayoría de la poesía sepulcral prerromántica, incluida la de Bob-Fabian. Aunque lo hace lindar implícitamente con el espacio teológico de la otra vida, Vasici-Ungureanu sitúa el país del cementerio en un espacio de aquí abajo, describiéndolo exclusivamente en términos terrenales y especifi-

cando su localización, su urbanismo y su clima, además de su ordenamiento: en ese país reina una igualdad absoluta entre sus ciudadanos, así como una indiferencia mutua garante de la paz completa, sin que provoque conflictos la llegada continua de nuevos habitantes. Esta imagen eutópica, al menos por contraste con las demás sociedades y naciones de la tierra, se completa con una alusión a su potencia, pues todos los demás imperios, con todos sus habitantes, son sus vasallos, sin necesidad de ejercer agresivamente ese imperio suyo. Esta constatación, expresada con eficaz sobriedad, cierra este estudio cuyo tono objetivo no hace sino subrayar la sublimidad terrible de la realidad simbolizada por el cementerio como concepto geográfico. La ausencia de aspavientos intensifica el efecto emocional del espacio descrito, que adquiere un carácter de ficción científica y lírica a la vez al hacernos presentes el triste destino de reposo e indiferencia que a todos nos espera en ese país sin tiempo ni historia, un país que es solo presencia persistente hasta la reanudación hipotética de su Historia al mudarse todos a un sitio mejor en un futuro ignoto.

Si la permanencia caracteriza idealmente la geografía como ciencia del espacio, es el cambio continuo lo que caracteriza el estudio de la Historia. La historiografía, como ciencia y escritura del tiempo humano, da cuenta de las mutaciones que experimentan pueblos y sociedades sometidos a una dialéctica ineludible de influencias mutuas, pacíficas o violentas. Sobre todo en los orígenes de las civilizaciones, la sucesión de culturas muy variadas en un mismo espacio, tal como las estaban revelando en el siglo XIX la arqueología y la lingüística histórica, dibujaba un panorama de inestabilidad étnica, cultural y política, con personajes colectivos múltiples, que no dejaría de inspirar más adelante la fantasía épica, pues bastaba con añadir a los pueblos conocidos otros inventados, o sustituir los pueblos descubiertos por otros imaginarios, cuyos enfrentamientos podían ser el ob-

¹ Se publicó en *Foaie pentru minte, inimă și literatură* el 26 de febrero de 1840, en la página 72. Su traducción al castellano se basa en su reedición moderna en *Palatul fermecat: Antologia poemului românesc în proză*, antologie, prefață și note bibliografice de Mihai Zamfir, București, Minerva, 1984, pp. 20-22. Agradezco a Ricardo Muñoz Nafria su revisión de la traducción, así como las de los demás textos aquí recuperados, salvo indicación contraria.



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

jeto de epopeyas heroicas que rivalizaran con las antiguas, además de aportar el contexto seudohistórico en el que podían demostrar su valía nuevos héroes fantásticos, como el bárbaro Conan creado por Robert E. Howard (1906-1936) en la década de 1930, y para cuyo universo escribió una ficción explicativa de forma historiográfica titulada *The Hyborean Age* [*La Edad Hiboria*] (1938). Esta sería emulada por otros creadores de universos épico-fantásticos, hasta el muy reciente George R. Martin con su contextualización historiográfica del universo de Juego de Tronos en *Fire & Blood* [*Fuego y sangre*] (2018). A su vez, a Howard precedieron otros, como Teófilo Braga (1843-1924) con su «Epopeia da Lusónia» [*Epopeya de Lusonia*], incluida como un texto semióticamente autónomo en su «narrativa epo-histórica» en prosa *Viriato* (1904).

A primera vista, la recreación de la vida del famoso bandido-héroe de Lusitania, que venció a los romanos en diversas ocasiones y cuya guerr(ill)a de resistencia solo tuvo fin al ser asesinado a traición, es, una novela histórica de tema antiguo, entre muchas otras que se publicaron en su tiempo, cuando las narraciones de esa clase estaban muy de moda. Sin embargo, el extremo nacionalismo anacrónico y retrospectivo de Braga le inspiró una modificación de su molde genérico en un sentido menos arqueológico y más fantástico al elevar a Viriato a una categoría de héroe casi sobrehumano, que tiene más que ver con el futuro Conan que con cualquier caudillo real de la Hispania prerromana. A ello se añade que la novela pretende también recrear el acervo literario y mitológico lusitano (o lusonio, como lo llama Braga como para sugerir que su Lusonia no es la Lusitania histórica). A partir de las fuentes clásicas libremente explotadas, se intercalan en el libro poemas narrativos cantados por diversos personajes y basados en los escasos mitos prerromanos que se conocen gracias a los testimonios griegos y latinos, tales como el tartesio de Gárgoris y Habis. Así recupera una materia épica comparable a la

céltica insular o a la germánica nórdica sin incurrir en un fraude filológico quizá impensable para alguien con arraigadas ideas positivistas como era Braga. Un elemento central de esa materia, y que no es original en gran parte del autor, sería una extensa epopeya (seis mil versos, se dice) sobre las migraciones y luchas que dieron lugar al pueblo lusonio, que un sacerdote lee en unos bastones inscritos con caracteres rúnicos. De esta epopeya solo se ofrece el «argumento», de modo que este texto intercalado pertenece, por una parte, al género discursivo consistente en el resumen en forma de pura narración de una hipotética obra no escrita o desconocida mucho más extensa. Por otra, el contenido del texto es exclusivamente historiográfico, ya que el resumen transcrito por Braga contiene exclusivamente sucesos colectivos, sin personajes individualizados, con toda la objetividad retórica propia de la historiografía. La epopeya de Lusonia es una épica que, discursivamente, no se distingue en nada de cualquier compendio de la Historia de un país, sea este real o imaginario. Es, de hecho, una historiografía épica y fantástica en la medida en que se debe a la imaginación desatada del autor, cuyo interés por grandiosas catástrofes, luchas y sustituciones étnicas se parece mucho más al planteamiento de la Edad Hibórea howardiana que a la historia de la Iberia antigua tal como se estaba investigando entonces. Aun reconociendo que su planteamiento étnico era común en un período en que se solían hacer coincidir lenguas y razas, la etnoarqueología, que entonces se consideraba un saber científico, con todos sus arios, turanios, semitas y sus contraposiciones esencialistas entre Oriente y Occidente, que el mismo Braga había tornado en miniepopeya en verso en la sección de ephistoria primitiva titulada «Os séculos mudos» [*Los siglos mudos*] de su gigantesca *Visão dos tempos* [*Visión de los tiempos*] (1894 en su versión definitiva), solo es su punto de partida en la narración sobre Lusonia. En esta, la historia del pasado más lejano de la Península Ibérica prefigura y prepara, con su ejemplo, la



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

gran empresa que el autor confía a la nación portuguesa, que no es otra que volver a expandirse por el mundo y obrar pacíficamente por la constitución de una Confederación de Pueblos que instituya la plena solidaridad entre los seres humanos. El nacionalismo se torna así en paradójico universalismo y la historia, en profecía, sin abandonar en ningún momento la grandiosidad deseable en tan alta empresa, y de ahí la perspectiva épica adoptada, que hoy podemos leer como un experimento literario de *fantasy* temprana. De hecho, *Viriato* se ha reeditado por primera vez, y en dos ocasiones², tan solo en nuestro siglo, cuando la fantasía épica es una modalidad ficcional de amplia aceptación popular.

En 1904, el *Viriato* de Braga, precursor del Conan de Howard, llegaba tal vez demasiado pronto, aunque pudiera entenderse su fascinación por aquellos pueblos de un pasado lejano, dada la atracción que ejercían por entonces los descubrimientos arqueológicos y orientalistas que no cesaban de sucederse en aquellos tiempos de desciframientos de escrituras y lenguas antiguas distintas a la tríada clásica de hebreo, griego y latín. Estos desciframientos habían sacado a la luz nuevas historias, por ejemplo, en Egipto y Mesopotamia, y también nuevos mitos, que entonces empezaron a estudiarse científicamente y a presentarse al público europeo mediante escritos de divulgación o traducciones comentadas de las fuentes mitográficas originales. Gracias a ello, parnasianos universalistas como Leconte de Lisle pudieron explotar poéticamente mitologías recién reveladas como la polinesia, la finesa y, sobre todo, la hindú, cuya inmensa riqueza inspiró a numerosos poetas de temas mitológicos. Junto a estas versiones literarias de mitos paganos de la India, algunas de ellas hechas también en España (por ejemplo, el

notable epilio de Luis Valera «Santa», publicado por primera vez en 1875), el hinduismo hizo sentir su influencia religiosa en el contexto del irracionalismo decadente de la *Belle Époque*, cuando proliferaron ocultismos, teosofías y, en general, las muestras de admiración hacia la espiritualidad hindú, supuestamente superior a la occidental. Precisamente en los tiempos en que los positivistas habían entablado una batalla sin cuartel para liberar la cultura de oscurantismos de raíz religiosa, la India y sus mitos venían a ofrecer una alternativa al erosionado cristianismo que bien podía considerarse tan irracional o más que la religión que así se sustituía. Por eso, no es de extrañar que un positivista notorio como Pompeu Gener atacara la moda hinduista con las siempre eficaces armas de la sátira y el humor en un texto que se presenta como la traducción crítica, con notas, de una presunta mitografía india de asunto cosmogónico.

En 1901, la revista *Juventut* sorprendió a sus lectores con la revelación de «Una teogonía india»³ [Una teogonía india], supuestamente traducida al catalán por Gener a partir de la versión inglesa de un libro sagrado encontrado en un monasterio por un amigo suyo, funcionario y militar amigo destinado en el *Raj* victoriano. Las graciosas ilustraciones de Apel les Mestres que lo acompañaban eran un primer indicio de que el texto, presentado en forma aparentemente ortodoxa desde el punto de vista filológico, era una broma. Esta impresión la confirman las notas, preñadas de flagrantes anacronismos y de alusiones festivas a realidades contemporáneas. Además, el texto traducido, en cuya versión en versículos abundan los paralelismos y el polisíndeton, parece estilísticamente más hebreo que hindú. En cambio, su tenor sí recuerda la India, no solo por los dioses que aparecen, sino también por la insistencia en lo sagrado de la división en castas o las elucubraciones seudofilosóficas sobre el todo y la nada. Sin embargo, un conocimien-

² El texto de la traducción se basa en la mejor realizada de ambas: Teófilo Braga, *Viriato*, prefacio de Adriano Moreira, Lisboa, Clube do Autor, 2019, pp. 236-239. Agradezco a Rubén Molina Martínez su atenta revisión del texto.

³ *Juventut*, 47 (3.1.1901), pp. 8-13.



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

to somero del hinduismo impediría aceptar como genuinas la introducción del Buda o la confusión entre lamaísmo, hinduismo y jainismo en el lugar donde se habrían encontrado las presuntas escrituras sagradas. Solo cabe interpretar el texto como una parodia. Su empleo del discurso mitográfico es formalmente impecable, ya que incluso aparecen los comentarios explicativos que suelen flanquear la producción religiosa hindú, en la que es común que a sus pasajes primitivos de carácter mitográfico, teológico o ritual se superpongan los comentarios y los comentarios de los comentarios, y así sucesivamente, sin introducirse una separación neta entre original e interpretación, al uso cristiano. En cambio, su tenor es claramente burlesco, como indican los continuos juegos de palabras que persiguen la comicidad, así como los anacronismos voluntarios que abundan en la supuesta escritura sagrada. Estos anacronismos remiten a preocupaciones ideológicas y sociales contemporáneas, desde el racialismo de las divisiones de los pueblos de la Tierra según el supuesto color de su piel hasta la cuestión social, protagonizada por la división en castas, cuya justificación sagrada sirve para denunciar indirectamente los abusos de las clases dirigentes, sobre todo del clero y sus piadosas añagazas para mantener resignados a los trabajadores de la casta productiva.

Pese a la genuina base hindú, estos anacronismos, junto con las invenciones añadidas por Gener, convierten el texto en un curioso ejercicio de mitografía fictiva o, si se prefiere, de *mitopoesis* integral, en la medida en que la cosmogonía propuesta y su desarrollo abarcan todo un mundo mítico coherente, a diferencia de las creaciones mitográficas anteriores, que se solían limitar a añadir detalles a una mitología patrimonial, en serio o con un enfoque paródico afín al de Gener, como es el caso de «Na Arca: Três capítulos inéditos do *Gênesis*» [*En el arca. Tres capítulos inéditos del Génesis*] (1878; *Papéis avulsos* [*Papeles dispersos*], 1882), de Joaquim Maria Machado de Assis

(1839-1908). Gracias a su ambición totalizante, la mitografía de Gener puede considerarse un curioso precedente de *The Gods of Pegāna* [*Los dioses de Pegana*] (1905), de Lord Dunsany (1878-1957), que es la primera mitografía, escrita también utilizando el estilo bíblico, en que se presenta una mitología imaginaria completa. No obstante, esta afirmación no debe entenderse en un sentido valorativo. El texto de Gener no tiene apenas pretensiones literarias y así lo reconoció él mismo implícitamente al no esforzarse por escribir una versión en castellano, a diferencia de lo que haría con otros textos festivos suyos en *Del presente, del pasado y del futuro* (1911). En esta colección recogió, como segundos originales, casi todos los textos de ficción aparecidos en los dos volúmenes de *Pensant, sentint i rient* [*Pensando, sintiendo y riendo*] (1910 y 1911), pero no «Una teogonía vishnuita» [*Una teogonía visnuita*], nuevo título de «Una teogonía india»⁴. Como Gener sí reescribió algunos que presentaban en el original catalán difíciles juegos lingüísticos, cabe creer que no fueron estas dificultades de lengua el único motivo de la omisión. Es una pena para la literatura en castellano que no la enriqueciera de este modo, y que ahora tengamos que ofrecer en su lugar una traducción que apenas pueda hacer justicia a la gracia original de esta parodia mitográfica. Valga la tentativa como mero testimonio de la compatibilidad de la escritura científica y la ficción épico-fantástica desde sus inicios modernos en la Europa latina, tal como demuestran los tres textos que siguen.

⁴ La traducción castellana sigue la edición definitiva, no reeditada hasta ahora en catalán, pero que puede leerse en línea: Pompeius Gener, «Una teogonía vishnuita», *Pensant, sentint y rient: Aplech d'escrits selectes*, 2, Barcelona, Millá, 1911, pp. 117-131. En la página 115, el título aparece como «Antich poema del Idostan» [Antiguo poema del Indostán]. Las notas del traductor en su versión del supuesto libro sagrado son todas de Gener. Por su interés y el suplemento de significado que aportan, se restituyen en la traducción, entre corchetes, los dos pasajes principales de la versión de *Joventut* suprimidos en el volumen mencionado.

Pavel Vasici-Ungureanu

Geografía del cementerio

El cementerio es un país pequeño, pacífico, situado bajo la banda de Medianoche. Al poniente limita con la tarde de nuestra vida, y al oriente con un país hermoso y afortunado, aún desconocido.

La cifra de habitantes es considerable y no deja de aumentar, porque quien se naturaliza ciudadano del país no muere ya. Su suelo es yermo, frío y húmedo. Posee pequeñas losas en gran número y, aquí y allá, se abre un valle lo bastante amplio como para recibir a cada ciudadano nuevo con su casita. No tiene ríos, sino que el rocío del cielo y las lágrimas de las penas lo riegan. Su aire es gélido y sus vientos, llamados suspiros, estremecen a quienes entran en él. Una de las plantas que allí crecen, si lágrimas caen sobre ella, es el nomeolvides, pues solo medra en el agua.

El pueblo de este país es muy especial. Todos son mudos y tan solo de vez en cuando se exhalan de sus profundas casitas algunas pa-

labras demasiado importantes. No se construyen allí ciudadelas, sino que cada uno vive en su cabañita, sin prestar atención a su vecino ni a lo que ocurre a su alrededor.

No tienen dirigentes ni soberanos, porque son todos iguales. Todo el tiempo que han vivido en este país, lo han hecho serenos y en paz, y residen allí desde hace mucho y parece que seguirán así por mucho más tiempo. Sin embargo, se dice que alguna vez se levantarán todos para buscarse otro país mejor.

Todos encuentran asiento en el país, salvo los suicidas, que se introducen a viva fuerza, o los condenados que llegan enviados por algún juez, porque a estos no se los recibe allá.

Las insignias de este país se limitan a una simple cruz, y su nombre es cementerio. Su poder es grande, porque todos los imperios y los principados, con todos sus súbditos, le están sometidos.

Teófilo Braga

Epopeya de Lusonia

Un gran mar glacial cubría Europa, desde el polo hasta los Urales, y se extendía sobre los territorios hoy ocupados por naciones que erigieron dólmenes y construyeron murallas y ciudades con los bloques erráticos arrastrados por las nieves, que se deslizaban desde las altas montañas.

Las nieves eternas, al bajar de los montes de Europa occidental, fueron esparciendo en una marcha lenta, que duró siglos, esas morrenas que bordean las orillas de los lagos, las costas del océano Atlántico, allí donde se desprendieron de los glaciares. Todos los grandes valles habían quedado repletos de hielo, que desbordaba por las llanuras. Esos enormes glaciares se habían extendido desde los montes de Europa central, arrastrándose, destruyendo las especies vegetales y ahuyentando los animales gigantescos, que se refugiaban en las cavernas o buscaban otros climas. En los claros no cubiertos por el hielo habían conseguido vivir algunos animales y pequeños grupos humanos, en lucha contra las inclemencias de la naturaleza; aparecen asentamientos humanos en las Galias, Britania, Italia y Germania, y es en esas zonas desbordadas por el hielo donde se fueron creando las razas de Europa, que se iban constituyendo en naciones poderosas, con sus diversas lenguas y sus diferentes costumbres, religiones y sociedades, tales como los hiperbóreos, formados por los protoescitas, los escitas, los sármatas, los partos, los germanos, los galos y los bretones. Fueron ellos quienes descubrieron la gran constelación austral de la *Osa* e iniciaron las labores de la agricultura y la navegación.

Las estrellas de la Osa Mayor, siete en número, como los bueyes que tiran de los pesados carros llamados *triones*, recibieron la designación de *septentriones*. El hombre representó en el cielo los actos de su vida te-

rrestre; el Sol fecundador de la estación estival se representó como el *Toro*, o el dios Tor de los pueblos germánicos, y el mugido del trueno *Torana*, como el de un toro que brama. Y la navegación, que se hacía entre los lagos, se completaba con ayuda de los triones, que transportaban las barcas en carros de un punto a otro. Por ese doble modo de navegar, llamaron a ese pueblo aventurero *gansos* o *liguses*, los patos de los lagos. Así se hizo célebre en todo el mundo la fuerte raza de los navegantes, los *liguses* o ligures, que formaron ligas o hansas marítimas, protectoras de sus viajes remotísimos, cuando transportaban por el Atlántico y a través de Europa los bloques de ámbar amarillo y el estaño de las islas Casitérides.

Aquellos pueblos de la región septentrional de Europa, que se llama Escandinavia, vivieron durante mucho tiempo a orillas del mar, y se los conocía por el nombre de *Hombres del Agua*, que en sus lenguas se decía *Soma-lassed*, *Sabme-lassed*. Por el litoral occidental de Europa fue bajando ese pueblo hacia el sur, y ocupó las regiones de Hibernia y Britania, y en Hispania fundó el gran Estado de *Lusonia* o tierras de *Lez*, que fueron llamadas *Anda-Lecia*, *Cale-Lecia* y *Lusitania*.

Por su audacia al aventurarse a explorar el Mar Tenebroso, las otras razas los llamaron los *atlantes*, de Atl, denominación del agua; y, a bordo de sus embarcaciones de dos proas, impulsadas por remos, a las que llamaban *kamares*, extendieron sus expediciones a las islas perdidas en el medio del Atlántico, descendieron a lo largo de la costa occidental de África, alcanzaron otro continente o Nuevo Mundo de América, penetraron en el Mediterráneo hasta Egipto y, subiendo por el golfo Pérsico, llegaron hasta Caldea y la India.

Esos pueblos ribereños, o de *Lez*, y pro-



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

piamente marítimos o atlánticos, llevaron los conocimientos de la astronomía, fijados en su zodíaco o «simbolismo zoomorfo de las constelaciones observadas en el año sideral», a esos pueblos de América, Egipto, Caldea y la India. Por esa razón se adora en Egipto el símbolo del *Toro* con el nombre de Ser-Apis, y, en la forma *Shor*, el becerro de oro, en Palestina; con el nombre de *Tauro* lo designaron los caldeos, los sirios y los griegos. Por ese símbolo de la constelación del *Toro* es por lo que la civilización de la raza iniciadora de los ligures se denominó *turana*; todos esos pueblos de Oriente adoptaron el zodíaco occidental, sin darse cuenta de que, por la evolución milenaria de los equinoccios, el signo del *Toro* había dejado de coincidir con el inicio del año estival.

Contra la raza ligur se ejerció desde Oriente la presión de otros pueblos. Las gentes de Irán, que adoraban el fuego espiritual representado por Mitra, reaccionaron contra la representación del fuego terrestre o el *Toro*, sacrificado por Mitra, o contra el *Turán*. En Europa, los celtas y los iberos, los jonios y los fenicios, los cartagineses y los romanos fueron atacando a su vez a la raza de los ligures y, por las invasiones por tierra y la piratería en los mares, casi apagaron el nombre y la civilización de los ligures en Europa. Los iberos, que habían llegado desde África cuando Europa estaba aún unida a ella por un istmo, la expulsaron de la vertiente occidental de los Pirineos, donde habían encontrado refugio en la Edad de Hielo, dado que sus glaciares se habían detenido ante esa cordillera; los celtas rubios y corpulentos la atacaron en la Galia transalpina y en la cisalpina; los fenicios se apoderaron de los periplos de sus navegaciones atlánticas mediante la piratería, y los jonios les robaron los poemas en que celebraban las temerosas aventuras del mar. Las

luchas guerreras y el imperio de las civilizaciones militares hicieron olvidar la civilización agrícola y las navegaciones de los pueblos ligures. Entre el Oriente y el Occidente se produjo una separación, y olvidaron que eran solidarios en la Historia.

Una tiniebla inmensa cayó sobre el mundo después de la Edad de Hielo; la fuerza bruta prevaleció sobre la ciencia, la guerra de devastación y de conquista sobre la labor pacífica de la agricultura. La misión civilizadora de los ligures, iniciada en América, en Egipto, en Caldea, en la India, ¿quedará interrumpida para siempre?

Ante la extensión y el prestigio de los imperios militares, parece que la acción de la fuerza bruta es definitiva. Sin embargo, la razón y la paz han de triunfar un día; Occidente tiene que restablecer su antigua solidaridad con Oriente. Es esa la misión y el futuro glorioso de Lusonia.

Esta rama, ciertamente la más tenaz del tronco amputado de la luchadora raza de los ligures, al resistir en Hispania contra los iberos, contra los celtas, persas, fenicios, cartagineses y romanos, habrá de reorganizarse un día, a través de todas las crisis, como nación, y su poder derivará del regreso a la primitiva capacidad de la raza: retomará las grandes navegaciones del Atlántico; reocupará con sus colonias laboriosas América; fundará un vasto imperio en la India; dominará en África y, antes que ningún otro pueblo, rodeará la Tierra, afirmando otra vez la supremacía pacífica como destino de la civilización occidental. Defender la autonomía de Lusitania es empujarla a realizar este incomparable destino, ampliando mediante la actividad pacífica la antigua Liga Hanseática en una Confederación de los Pueblos, en la solidaridad humana.

Pompeu Gener

Una teogonía visnuita

Un amigo mío, Sir Jorge Shelly, subsecretario del Gobierno militar de Bombay en la India, tras ser nombrado comandante de un regimiento de indígenas y haberse tenido que marchar a ejecutar ciertas obras de fortificación en la frontera del país de Cachemira, se dedicaba, en los momentos que tenía libres, a visitar los *gompas*, o sea conventos de la secta de los *jainas*, que es muy anterior a la budista y que, como esta, es una derivación del culto visnuita.

Un día, uno de los *lamas*, o sea monjes *jainas*, viendo la curiosidad de mi amigo por los libros sagrados de la India, y habiéndolo encontrado sumamente simpático por la bondad de su carácter y el respeto en que tenía las creencias del país, le dijo que, si deseaba instruirse en los libros sagrados de los que derivaba la religión que ellos profesaban y si quería saber la verdad sobre la Creación y la existencia de los hombres, le presentaría al Gran Lama, quien tenía cerrados, bajo siete llaves y en un sagrario de oro situado en la espalda de una colosal estatua de Visnú, los Libros Santos de su religión.

Efectivamente, se hicieron las presentaciones y, después de mil ceremonias que sería enfadoso relatar aquí, el Gran Lama, tras cubrir a Sir Shelly con un velo sagrado y hacer que se descalzara y lavara los pies con aguas de aromas, lo introdujo en el sagrario y le enseñó el primer libro, titulado *Del origen de todas las cosas*, libro que debió de dictar la propia voz de Brahma al primero de los *jainas*.

Sir Jorge Shelly, que conoce muy bien el sánscrito, y además el prácrito, el pali y el jalamí, pudo leer el libro, y después de haberse lo fijado en la memoria por un sistema nemotécnico, lo tradujo, una vez en su celda, al inglés, cuya segunda traducción al castellano les ofrecemos a continuación, rogándoles que

le presten atención, dada la importancia de esta antigua Teogonía¹.

LIBRO DEL ORIGEN DE TODAS LAS COSAS
Y DE LOS HOMBRES Y DE ALGUNAS COSAS MÁS
*Escrito bajo la inspiración reluciente
de Brahma por el GRAN CATAPASTAS,
con comentarios de Koffis y Mohfis
y notas de Fardasa*

Lema sacro:
Thodo oro o Todho

I

Al principio de todo, el TODO, ya era todo.

.....

Y todo estaba dentro del TODO.
Y no había nada fuera del TODO.
Ni nada era nada en nada del TODO².
Solo era el TODO.

II

El TODO estaba casado con la TRANQUILIDAD.
Y como la Inconstancia³ es la ley de TODO, el TODO se cansó de la TRANQUILIDAD, a causa de la esterilidad de su unión con ella.
Y empezó a moverse.
Y del TODO fue saliendo todo.

¹ Observaremos que quien anotó el poema sagrado que traducimos debía de ser un persa o indio moderno, pues añade alguna nota en italiano e incluso en inglés. En cuanto a los comentaristas, deben remontarse a una época poco distante de la de los sofistas de Grecia; como mínimo, es evidente que recibieron alguna influencia de estos. (*Nota del traductor.*)

² ¡Nada, hombre, nada! (*Nota de Fardasa.*)

³ *La costanza è tiranna del cuore!* (*Ídem.*)



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

COMENTARIO:

Koffis. El matrimonio fue estéril.

Mohfis. El divorcio fue fecundo⁴.

III

Lo primero de todo que salió del TODO fue el *Terreno*, seco como el desierto⁵, duro como las rocas, arenoso como la playa.

Y, viendo el TODO que estaba solo, creó el *Agua*.

Y el *Agua* ligera se perdió de amor por el *Terreno*.

Y, loca de amor, se extendió sobre él.

Y, ¡cosa extraña!, el *Agua* quedó fecundada.

Y el *Terreno*, también.

IV

Y pasó el tiempo⁶.

COMENTARIO:

Koffis y *Mohfis*. ¿Por dónde?

Y el *Terreno* parió las *plantas*⁷.

Y el *Agua* concibió los *peces*.

COMENTARIO:

Koffis. Pero no los parió.

Mohfis. Porque todavía los lleva dentro⁸.

V

Entonces, viendo el TODO que ya se habían fecundado mutuamente, separó el *Agua* del *Terreno*.

⁴ Como en todo. (*Ídem.*)

⁵ Aquí hace referencia el autor al desierto de Sarah Bernhardt. Hacia occidente hay dos Sarahs célebres, Sarah Bernhardt y Sarasate. (*Ídem.*)

⁶ Pero no bailó Juana. (*Ídem.*)

⁷ Menos las de los pies. (*Ídem.*)

⁸ Y los pescadores hacen de comadronas. (*Ídem.*)

Pero el *Terreno*, solo, estaba triste.

Y, sola el *Agua*, bramaba de coraje.

Y el TODO, todo compasivo, les envió en seguida el *Aire*, para que acariciara con suave aliento al *Agua* y llevara la humedad de esta al *Terreno*, como recuerdo de sus pasados amores, refrescándolo porque se estaba abrasando.

Y el *Terreno* pedía más, más y cada vez más, pareciéndole sabrosísima.

Y el *Aire* cogía el *Agua* a caballo y la llevaba al *Terreno* en cuanto la necesitaba.

Y volvía a buscarla para descargarla después en su inmensa morada del Mar profundo, tan pronto como el *Terreno* quedaba satisfecho.

COMENTARIO:

Koffis. El aire era lo ordinario del Universo.

Mohfis. ¡Qué ordinario más fino!

VI

.....
Con tales contactos, el *Terreno* se volvió aguado.

Y el *Agua*, terrosa.

Y el *Terreno* quiso producir seres como el *Agua*.

Y el *Agua*, seres como el *Terreno*.

Y el *Agua* tuvo plantas.

Y el *Terreno*, animales⁹.

VII

.....
Todo esto pasaba todavía a oscuras.

Entonces el TODO, viendo la oscuridad de todo, creó la *Luz* con un rayo de su omnipenetrante mirada.

Y el *Aire*, herido en lo más íntimo, tuvo ce-

⁹ Y en abundancia. (*Ídem.*)



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

los de la luz al sentirse todo penetrado e iluminado por ella, y la desmenuzó y la dejó suspendida.

Y los trozos de la luz desmenuzada son el *Sol*, la *Luna* y las *estrellas*, que se quedaron arriba y allí siguen rodando.

VIII

Pero el TODO vio que todavía no lo había todo en el Mundo.

Y se propuso hacer un ser que fuera superior a todo.

Y lo llamó en singular *Hombre*.

Y en plural, *Todo el Mundo*.

Pero todo se opuso a Todo el Mundo.

Y entonces el TODO riñó con todo.

Y el TODO triunfó sobre todo.

Y acabó de hacer el Hombre con un poco de todo.

Por eso *Todo el Mundo* puede saberlo todo.

Y puede hacer de todo.

Y puede ir por todas partes.

Y lo tiene todo, con todas las Virtudes y todos los Vicios.

IX

Después de todo, el TODO, que siempre se acuerda de todo, acordándose de la *Tranquilidad perdida* se la ofreció en don al Hombre y la llamó *Mujer*.

Por eso la mujer es la obra de la perdición, y donde ella reina no hay tranquilidad posible.

X

El primer Hombre engendró con la Mujer cuatro hijos.

Uno, un mediodía de alegría, y le salió del color del oro, amarillo como el Sol, y es el padre de la raza predilecta, la raza amarilla.

El segundo, una noche de mal humor, y sa-

lió negro como la oscuridad, y de él han salido todos los negros.

El tercero lo hizo a la puesta del Sol, todo encendido de una rabieta, y salió del color de la arcilla, todo rojizo, como si sudara almagre, y es la raza cobriza de Occidente, de por allá, del otro lado de los mares, donde el Sol se pone.

Y el último, una mañana, con espanto, cuando caía la nieve, y le salió blanco como la flor de loto, frío como el hielo, y de él se originó la raza que puebla Europa.

XI

La raza predilecta lo mereció todo del TODO.

Y el TODO le dio todo el país del Saptasindu.

COMENTARIO:

Koffis. Ahora no se dan países.

Mohfis. Como no sean de abanico¹⁰.

Y tuvo los cinco ríos.

Y los setenta y siete animales.

COMENTARIO:

Koffis. ¿No más?

Mohfis. ¡Ahora hay más, más, pero más!

Y las trescientas treinta y tres plantas.

Y las nieblas flotantes que forman turbantes en las puntas de las montañas.

Y el Sol esplendoroso que lo dora todo.

Y la Luna voluptuosa que todo lo platea¹¹.

Y la música del viento.

Y la de los pájaros.

Y el frescor de la lluvia.

COMENTARIO:

Koffis. Ya estuvo bien fresco.

Mohfis. Sobre todo, sin paraguas.

¹⁰ Y, además, baratos. (*Ídem.*)

¹¹ Menos las pelas falsas. (*Ídem.*)



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

Y la riqueza de las minas, con el Oro, que es el Sol almacenado, y la plata, que es la luz de la Luna helada en cuartos, y los brillantes, topacios y rubíes, que son lágrimas de estrellas, y las turquesas, zafiros y esmeraldas, que son salpicaduras del Mar cristalizadas en el vientre de la Tierra.

COMENTARIO:

Koffis. Y nada más.

Mohfis. Y ya tenía bastante¹².

XII

Pero en la raza predilecta, el Hombre, multiplicándose, se convirtió en Todo el Mundo.

Y todo el mundo se puso en contra de Todo el Mundo.

Porque Todo el Mundo lo quería todo.

Y la mujer ayudaba a Todo el Mundo a quererlo todo y algo más, y a tener envidia.

Sin que merezca nada.

COMENTARIO:

Koffis. Pero nada.

Mohfis. Nada.

XIII

Entonces el TODO, para calmarlo todo, y para que todo se tuviese entre todos, dividió a todos en cuatro castas, encastando a todo el mundo partiéndolo en cuatro partes, de un rayo de su mirada, de un puñetazo de su mano derecha, de una bofetada de su mano izquierda y de un puntapié, tras haberse descalzado de sus botas hechas de la piel del rabo del Dragón del Hayodiya.

De su omnividente mirada salió la casta de los BIRLAMITRAS, que es la casta religiosa que se ocupa de los templos y a la cual todo se debe, pues está sobre todos, por ser la prime-

ra que salió del TODO y que todo lo puede y todo lo representa¹³.

Esta casta se divide en tres categorías. La suprema es la del BISPEMKAPA, el cual conduce a todos los demás y tiene el arriendo del tinglado del Cielo.

El segundo grado es de los ANDAPASAKRAS, que son, como si dijéramos, los que han puesto una tienda que ni de Dios¹⁴.

La última categoría es la de los MOCOSIRIS, que son los infelices que se ocupan de limpiar a fondo los templos.

Del puñetazo de la mano derecha del TODO salió la casta de los RAJAREPOSAS, la casta guerrera que todo lo resuelve a castañazos y tiene el sable como emblema, y con él corta el bacalao de los pueblos. Estos van vestidos de piel de demonio sazónada con baba de parricida. Hay quienes llevan un escudo en el que están grabadas todas las batallas que ha habido y, debajo, las que habrá.

Y se dividen en MATAMADRAZAS, guerreros tremendos, tan fantásticos que, cuando hay alguien que de verdad les *hace frente*, desaparecen y se evaporan.

Otros son los PAPAPAGAS, los cuales son muy tranquilos y tienen la *mostaza* tan solo como un símbolo, con el lema de *Tranquilidad y buenos alimentos*. Acostumbran a ser glotones, hasta el punto de que incluso se cuenta de algunos que se comieron la paja de mil caballos.

Los hay marítimos y llevan por nombre QUEBRANAVAS porque, apenas emprenden un viaje, es tanto su ardor que revientan la nave en que van embarcados al primer impulso.

[COMENTARIO:

Koffis. O bien revientan las demás.

Mohfis. Pero nunca revientan las de los demás.]

¹³ ¡Comedias! (*Ídem.*)

¹⁴ Quiere decir de Brahma, o de Visnú, según los casos. (*Ídem.*)

¹² Bastante, que ya tenía bastante. (*Ídem.*)



Escrituras del saber humanístico (geografía, historiografía, mitografía) y mundos épico-fantásticos: tres ficciones científicas

De la bofetada que el TODO pegó con su mano izquierda, salió la casta de los SUDASASTRAS, casta noble que va vestida espléndidamente, noble casta de los condes, aunque luego no haya quien no les pague; por eso, y por su origen, es la que recibe cualquier bofetada que se pierda.

COMENTARIO:

Koffis. Y también hay perdidos.

Mohfis. O perdularios, que es lo mismo.

Esta casta tiene dos subcastas. La de los ES-VIRGAMOZAS y la de los MALBARATACIENDAS y, cuando degeneran se vuelven MASAMAN-DRAS¹⁵.

Por último, del puntapié del TODO salió toda la casta inmensa de los RASCAJASPES, la de los infelices cándalas, la más descastada de todas las castas, que tiene la obligación de trabajar para las otras tres sudando y rascando con sus manos y *algunos utensilios* los hermosos jaspes de los terrenos, y de rayar los profundos jaspes de las aguas de los mares y de los ríos con las quillas de los barcos que llegan a puerto llenos de cacao.

COMENTARIO:

Koffis. Para los otros.

Mohfis. ¡Está claro, madre de Buda!

Pero de esta casta salen, cuando se enrabie-tan, otras dos subcastas.

La primera es la de los ESTRIPAFAJAS, que todo lo echan a rodar, fastidiando la tranquilidad de la aleluya de las otras tres clases¹⁶ cuando están comiendo o roncando más tranquilas.

La otra es la de los PETATRONERAS, sub-casta terrible que hace temblar la tierra; pero, en seguida que aparece, los BIRLAMI-

TRAS gritan y los RAJAREPOSAS, sirviéndose de algunos MATAMADRAZAS, los llevan a la cima de la montaña de los suplicios, y allí se les aplican los trescientos treinta y tres tormentos que espantan a las aguas del mar y hacen tronar y cubrirse de nubes el firmamento, y todo vuelve a quedar como antes].

XIV

Pero el TODO fue bondadoso y, para la redención y consuelo de los pobres RASCAJASPES, envió a la Tierra a un hijo suyo salido de un flato cuando digiere el budín, y por eso lo llaman Buda.

Y por eso los RASCAJASPES van los días de fiesta a la bullanga de la Budallera.

Y los BIRLAMITRAS, en nombre de Buda, les prometen de todo a los pobres RASCAJASPES.

COMENTARIO:

Koffis: Por prometer que no quede.

Mohfis: Por prometer que no quede.

XV

Y el TODO, habiéndolo hecho todo, espera tranquilo el fin de todo.

Thodo oro o Todho

* * *

Así decía, traducido al inglés y transcrito en romance castellano, el manuscrito primitivo del gran LAMA de los *gompas*, escrito por el GRAN CATAPASTAS.

¹⁵ Esta degeneración es común en las otras dos castas. En la de los BIRLAMITRAS es el estado normal. (*Ídem.*)

¹⁶ No hay que confundir estas tres clases con las *tres clases de pasaje*. (*Ídem.*)